

PRÓLOGO

El denso volumen de Miguel Saralegui toma en consideración uno de los aspectos más significativos de la obra y del pensamiento de Nicolás Maquiavelo: la frecuentísima presencia de contradicciones filosóficas, teóricas y político-ideológicas, llegando a considerar la contradicción como el elemento característico y distintivo de la personalidad y de los escritos del Secretario florentino. El autor concentra su atención en las contradicciones que a su juicio pueden hallarse en tres de los ámbitos más destacados de la reflexión maquiaveliana: el determinismo de la fortuna, la definición de la virtud y los criterios para enunciar las reglas de la acción política.

En mi opinión el mayor mérito del estudio de Miguel Saralegui reside en su carácter sistemático y en su profundo y preciso análisis, que, incluso cuando alguna vez parece detenerse demasiado en sutilezas, consigue sacar a la luz siempre e implacablemente las incongruencias y aporías lógicas que se encuentran diseminadas a lo largo de las páginas de Maquiavelo. Generalmente la crítica ha intentado negar o esconder dichas incongruencias y aporías, llegando a justificarlas de modo superficial –como simple expresión del carácter asistemático, que sería propio de una afortunada corriente del pensamiento renacentista, especialmente del de Maquiavelo– o engañoso –recurriendo, al tratar de demostrar su inexistencia, a forzados análisis filosóficos y teóricos–.

En la primera mitad del siglo XX –uno de los periodos más productivos de la moderna crítica maquiaveliana– muchos estudiosos no dudaban en hablar abiertamente de las *contradicciones* del Secretario florentino, subrayando sin disimulo la coexistencia no pacífica en sus obras de tesis discordes entre ellas y de afirmaciones en algunos casos contrastantes. Baste citar a Luigi Russo: “las muchas aporías y antinomias deben resolverse y justificarse en la comprensión directa de las situaciones particulares y de los ejemplos, de lo que se desprende lo absurdo que resulta todo intento de codificar en un sistema perfectamente lógico su pensamiento”¹; Luigi Malagoli, quien hablaba de “intuiciones brillantes [...] diseminadas sobre un tejido caótico de razonamientos y de hechos”², de “íntima

¹ L. Russo, *Prolegomeni a Machiavelli*, Le Monnier, Florencia, 1941, pp. 61-62.

² L. Malagoli, *Il Machiavelli e la civiltà del Rinascimento*, Istituto per gli studi di politica internazionale, Milán, 1941, p. 33.

fragmentariedad”³ y –sobre todo, a propósito de los *Discursos*– de “asistematizada constante [...] incapaz de detenerse sobre un concepto y desarrollarlo sistemáticamente”⁴; y Friedrich Meinecke, para quien Maquiavelo “se lanzaba tanto sobre la meta inmediata que llegaba a olvidarse en alguna ocasión de aquello que él mismo había dicho y pensaba en otro momento; extraía intrépidamente, a veces casi con fanatismo, las extremas y más terribles consecuencias de las verdades encontradas, sin preocuparse de examinar después la repercusión de éstas sobre sus otras convicciones”⁵. Conceptos análogos se repiten también en las páginas de Oreste Tommasini, Giovanni Gentile y Eugenio Garin, por citar únicamente a los más importantes.

Tras la segunda guerra mundial se ha asistido, en cambio, a una irremediable y progresiva *monumentalización* de Maquiavelo, transformado en uno de los padres fundadores de la Modernidad y del Occidente liberado, que por lo tanto iba elegantemente presentado como gran filósofo, culto clasicista y humanista, íntegro republicano. Simultáneamente, con la difusión y proliferación de sutilísimos análisis teóricos, disminuía la disponibilidad de aceptar cualquier *aparente* limitación de la grandeza maquiaveliana y, en consecuencia, de reconocer en sus escritos la presencia de incongruencias y aporías: Maquiavelo lo supo todo, todo lo leyó, nunca se equivocó y la coherencia férrea de su pensamiento caminó siempre de la mano con la granítica coherencia, moral y política, de su comportamiento. Buena prueba de ello es la desconfianza con la que, durante mucho tiempo y por la mayor parte de los estudiosos, se han recibido los estudios maquiavelianos de Mario Martelli, los cuales originariamente se vinculaban con la línea filológica-erudita de Oreste Tommasini y Roberto Ridolfi (sin olvidar a la vez el historicismo post-croceano de Russo) y que frecuentemente volvían a insistir sobre las *contradicciones*, los *límites* y los *errores* (históricos, no menos que lógicos) del Secretario, subrayando además las oscilaciones habituales en sus elecciones individuales y en su comportamiento político.

Pues bien, Miguel Saralegui, audazmente, no oculta las contradicciones maquiavelianas, sino que se propone en primer lugar ponerlas de manifiesto y tan sólo en un segundo lugar explicarlas, cuando esto sea de algún modo posible. Este simple modo de comportarse constituye un indudable mérito de su investigación, ya que denota tanto una escrupulosa atención por el texto –práctica no tan frecuente entre los historiadores del pensamiento filosófico, especialmente entre los de Maquiavelo–, como una notable capacidad de examinarlo y descifrarlo en su literalidad, sin contentarse con una genérica interpretación de líneas

³ L. Malagoli, *Il Machiavelli e la civiltà del Rinascimento*, p. 106.

⁴ L. Malagoli, *Il Machiavelli e la civiltà del Rinascimento*, pp. 114-115.

⁵ F. Meinecke, *L'idea della ragion di stato*, Oldenbourg, Munich-Berlín, 1924, p. 35.

generales, sino, por el contrario, cuestionando con puntillosa atención *filológica* los núcleos lógico-sintácticos así como los semánticos.

El concepto de contradicción es sin duda un concepto filosófico. Por lo tanto, a pesar de que Nicolás Maquiavelo no contaba ni con la específica preparación ni con la *forma mentis* del verdadero filósofo —ciertamente no era, si permanecemos en su propia época, un Pietro Pomponazzi o un Agostino Nifo—, sino que esencialmente era un político, preocupado por reflexionar acerca del desarrollo de las concretas situaciones históricas, es, sin embargo, útil y legítimo dedicarse al estudio filosófico de las contradicciones maquiavelianas. Saralegui, aun siendo consciente de la inconveniencia, en el caso de Maquiavelo—de recurrir de modo sistemático a la recomposición dialéctica de las contradicciones, evita explicarlas exclusivamente sobre una base filológica y diacrónica, sobre todo cuando se refiere a aquellas contradicciones que él mismo define como *microtextuales* (es decir, aquellas que se encuentran dentro de un mismo pasaje o de una misma frase), evita, por lo tanto, explicarlas alejando en el tiempo enunciados que, en su misma constitución, resultan recíprocamente antinómicos.

El método diacrónico, en efecto, acaba considerando la contradicción no como algo intrínseco al pensamiento, sino como algo accidentalmente creado por la reelaboración del texto en el tiempo. Por el contrario, el método adoptado por Miguel Saralegui lo conduce en muchos casos a una serena aceptación y a una honesta exposición de las aporías de Maquiavelo, consideradas como una característica inevitable de su pensamiento *no académico* (tanto en el contenido como en la forma), además de como un signo de la falta de revisión final de gran parte de sus obras, *El príncipe* y los *Discursos* en primer lugar. El libro de Saralegui, que se vale además del completo dominio de la vasta bibliografía sobre el tema (con la cual siempre sabe establecer un diálogo provechoso y sin prejuicios), de una redacción precisa y brillante, y de la capacidad de combinar eficazmente análisis microtextuales y macrotextuales (como muestran las agudas lecturas de algunas páginas maquiavelianas extraídas de las obras mayores y menores, de los *Ghiribizzi* a *El príncipe*, de los *Discursos* a *La vida de Castruccio Castracani*, de los *Decenales* al *Arte de la guerra*), debe considerarse, por tanto, una contribución de notable importancia, porque puede constituir el primer paso hacia una aproximación innovadora, capaz de superar las estériles contraposiciones de las últimas décadas entre los maquiavelistas filólogos y los maquiavelistas filósofos.

Francesco Bausi